

## **SOPA DE ESPERANZA**

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Empezaba a calmarme un poco. Odiaba estar allí, el ambiente era deprimente y el silencio tan denso que hasta podía masticarlo. De repente, unos ojos se clavaron en mi nuca.



Era mi madre mirándome con esa cara de “te la estás ganando” que ponía tan a menudo. Al soltar el cucharón con rabia salpiqué a la mujer que estaba esperando su turno para recibir su ración diaria. Ni siquiera le pedí disculpas ¿para qué?

Yo iba allí porque mi madre me obligaba. ¿Quién querría estar de camarera en un comedor social? Desde luego yo no. Me esperaba toda una vida fuera de esa habitación y ella parecía estar obsesionada con que pasara ahí mi tiempo libre. Lo peor de todo era tener que mirar a esas personas que comían lo que les dábamos de lo que a otros les sobraba. Sus ojos eran un pozo sin fondo, vacíos por la tristeza, la desesperanza y el sufrimiento.

Esa era la razón por la que yo no los miraba, removían algo en mi interior y me hacían sentir mal. Mi madre, en cambio, les sonreía, hablaba con ellos, ... Me ponía de los nervios. ¡Así tardábamos mucho más en irnos!

Al finalizar el turno de ese día me quedé un poco más tiempo recogiendo. Estaba castigada por haber tirado el maldito cucharón, algo que me parecía injusto. Un estrepitoso sonido me sacó de mis pensamientos y fui a investigar. Entre las cacerolas que contenían las sobras de la comida había una anciana

que las estaba rebañando con un cazo y echándolas en un cuenco. Todo el suelo estaba manchado porque sus torpes y temblorosas manos habían tirado una olla. Antes de poder decir algo, la anciana se me acercó y me abrazó.



Fue una sensación cálida y reconfortante que me sorprendió: aquella mujer me estaba demostrando un cariño sincero y agradecido, aunque no la conociera de nada. Una lágrima indiscreta se me escapó y algo insegura le devolví el abrazo. Se separó de mí con una sonrisa, señaló un viejo reloj que llevaba, cogió sus cosas y se marchó repentinamente.

Me quedé helada y confusa, pero tenía que recoger todo aquel estropicio. Varias preguntas rondaban por mi cabeza. ¿Por qué me había abrazado? ¿Cómo podía darme tanto con un gesto tan pequeño alguien sin nada?

Al día siguiente me encontré con ganas de ir al comedor. Quería preguntarle a mi madre por aquella señora. Comencé a mirar a “esa gente” con otros ojos, como las personas que eran. Al situarme en mi puesto sentí otra vez esa sensación de tristeza infinita, pero el recuerdo del abrazo de la anciana hizo que una sonrisa brotara en mi rostro.

El hombre que estaba recogiendo en ese instante su plato vio mi sonrisa y me la devolvió con una mirada llena de esperanza. Me quedé sorprendida,



pero esto solo hizo que mi sonrisa aumentara. Algo había cambiado. Observé que cuanto más cariño daba yo, más me devolvían aquellas personas que no tenían nada o que parecían no tener nada.

Estaban tristes, sí. Y además no tenían qué llevar de comer a sus casas, una realidad muy dura. Sin embargo, mostrando un poco de solidaridad y cariño encontraban en nosotros un pequeño oasis de cálida esperanza en este mundo digital tan frío. En las redes sociales no se habla de estas cosas, nunca llegarán a ser “*trending topic*”.

Por primera vez salí fuera de mí misma y de mis propios problemas. Me fijé en que había otros voluntarios que hablaban y compartían su tiempo con todos, sin importar su apariencia o situación. El turno terminó y salí más contenta de lo habitual.

Volví a entrar para coger mi chaqueta y vi a mi madre atendiendo a un grupo que no había podido llegar a la hora de la comida. Me pilló mirándola. Y me sonrió cómplice dándome a entender que aquel encuentro con la dulce anciana que me había abierto los ojos no había sido fortuito: me había castigado justo a la hora de recoger para que la conociese.

Con el paso de los días me he dado cuenta de que todavía quedan esperanza y solidaridad en este mundo. Los comedores sociales son prueba viviente de esto. Imagino un mundo lleno de ellos, lugares en que cada persona aporta su granito de arena para ayudar a los demás. Si la sociedad y sobre todo los jóvenes lográsemos unirnos para poner nuestras capacidades al servicio de los demás, el mundo funcionaría como una sola familia, un solo corazón.

Imagino el menú de esos comedores especiales en los que se servirá Sopa de Esperanza. Suena delicioso, ¿no os parece? Quizá algún día podré probarla.

CRISÁLIDA